

ROIG, Arturo. **Rostro y Filosofía de América Latina**. Mendoza, EDIUNC, 1993, 228 p.

El texto de Arturo Roig, *Rostro y Filosofía de América Latina*, publicado recientemente por la Editorial de la Universidad Nacional de Cuyo, constituye un promisorio signo en un doble sentido. Por una parte, con esta decisión nuestra Universidad retoma y profundiza, dentro de una perspectiva democrática y pluralista, una línea de apertura hacia un campo temático y hacia formas de pensamiento vinculados con la constitución de una identidad latinoamericana, evidenciando una vocación por establecer lazos entre el ámbito científico y la sociedad que exceden una visión estrechamente academicista de su función institucional. Por la otra, la edición de esta serie de trabajos del maestro mendocino, además de representar un merecido reconocimiento de nuestra Universidad a su trayectoria, permite el acceso a las líneas fundamentales de su relevante aporte teórico a la filosofía del continente.

El libro que comentamos está organizado en cinco apartados. Se inicia con una presentación, escrita por la Dra. Ofelia Schutte, y concluye con un apéndice bibliográfico de gran utilidad para quienes deseen profundizar en el pensamiento del autor. En cuanto al cuerpo del trabajo, que constituye el objeto de esta reseña, está organizado en tres bloques: I. Entre la civilización y la barbarie, II. Una filosofía para la liberación, y III. Diálogos.

I. La preocupación por la problemática de las categorías constituye una verdadera síntesis de la significación atribuida por Roig a la filosofía y a su articulación con la historia de las ideas latinoamericanas.

El itinerario comienza con la determinación del sentido teórico de la noción de «categorías», tal como ha sido entendida en la tradición filosófica occidental desde Aristóteles, pasando por Kant, Hegel y Marx. Este itinerario se enlaza con otro recorrido, aquel que liga conocimiento y realidad, teoría y praxis. Verdaderos epítomes semánticos, las categorías suponen, por la vía de la abstracción, la construcción de un sistema clasificatorio respecto del mundo vivido. El olvido del proceso de abstracción, una vez establecidas las categorías, hace que estas funcionen no sólo como modos de clasificar, ordenar y jerarquizar lo existente, sino como guías para la acción. Tal es el destino de las categorías de «civilización.. y «barbarie», En este punto comienza la tarea del historiador, el seguimiento de las determinaciones históricas, de los discursos particulares de los grandes intelectuales del siglo XIX. El discurso de Roig se abre entonces hacia una multiplicidad de discursos: los de Sarmiento, Alberdi, Montalvo. La delimitación teórica de la noción de «categorías» revierte así en herramienta de producción de conocimiento histórico.

La tesis según la cual «civilización.. y «barbarie» constituyen el hilo conductor -una suerte de esquema categorial fundador que atraviesa los proyectos de organización social y política de nuestras nacionalidades proporciona el punto de partida para el seguimiento de las estrategias discursivas de estos tres grandes intelectuales nuestros. Roig dibuja con precisión las trayectorias individuales articuladas a los avatares de nuestra historia, a los modos y niveles de percepción del conflicto, a los grados variables de compromiso con el proyecto de organización del Estado.

El peso de este programa civilizatorio -programa teórico y político de emancipación de la barbarie- marcaría de modo definitivo la producción intelectual en nuestro país. No se trata, pues, desde la posición asumida por Roig, sólo de categorías típicamente decimonónicas, sino de un esquema categorial cuyas variaciones permitirían distinguir las etapas de ascenso, consolidación y crisis de la burguesía argentina. El itinerario se dibuja entonces siguiendo las inflexiones señaladas por los procesos de organización del estado liberal (1850-1930), la emergencia y crisis del estado benefactor (1930-1975), y finalmente la crisis del populismo peronista. La figura de Ezequiel Martínez Estrada se perfila como gozne entre una valoración negativa de la barbarie, propia del discurso liberal del siglo XIX, y su positiva recuperación por los herederos intelectuales del autor de *Radiografía de la pampa*.

«Civilización» y «barbarie» constituyen de este modo no sólo nociones detectables en su permanencia a través de diferentes discursos (teóricos o políticos) aislados, sino verdaderas categorías, espacio de condensación de

significaciones y de dispersión discursiva. Al retomarlas como hilos conductores de nuestra historia de las ideas Roig puede reconstruir, en el trazado zigzagueante y discontinuo de los discursos, el escorzo, siempre históricamente determinado e ideológicamente sesgado, del rostro de Nuestra América.

II. La segunda parte de la obra de Roig se abre con la que fue su clase inaugural, dictada en la Facultad de Filosofía y Letras de la U.N.C. en 1984, con motivo de su reposición en la cátedra de Historia de la Filosofía Antigua, después de nueve años de exilio. En este, su reencuentro con la comunidad universitaria mendocina, Roig aborda el problema del sentido y función de la filosofía, desde la convicción - tan profunda en su pensamiento que deviene un principio metodológico de toda su producción teórica- de que no es sobre un manto de olvido y de silencio que puede recomenzar el proceso, violenta y reiteradamente interrumpido en nuestro continente, de afirmación y autoconstrucción del sujeto latinoamericano. De allí la urgente e impostergable necesidad de someter a evaluación la filosofía producida durante «los años crueles». Pues, el uso ideológico del filosofar, el refugio en el «mundo del sentido» durante los años de la dictadura -cuando el sentido del mundo descalificaba la misma posibilidad de un preguntar tal- ponía seriamente en crisis la dignidad de la filosofía como forma del saber. Bajo la advocación de tres intelectuales ejemplares -Mauricio López, Noel Salomón y Roberto Carretero- Roig aborda el problema de la legitimación del quehacer filosófico, que es, al mismo tiempo, análisis y señalamiento de los límites y condiciones de su posibilidad como saber crítico y no mero instrumento de la voluntad de poder.

Roig entiende la filosofía como un «hacerse y gestarse» de un hombre insertado en la estructura y dinámica sociales; como una «función vital», atravesada, por tanto, por los conflictos y luchas que cruzan y escinden a la sociedad e impulsan la historia. Se trata de un desarrollo discursivo que, en tanto lenguaje, se presenta siempre y necesariamente como mediación de aquella realidad heterogénea, en la que el filósofo vive de modo tan primario a como lo hace cualquier otro hombre. Ese contexto social constituye su *a priori* respecto de todo desarrollo teórico. Es en su seno -donde el filósofo opta, decide, evalúa y se compromete- que se configura el conjunto de posiciones previas y posibilitantes del lenguaje filosófico.

Es entonces en aquel nivel primario y cotidiano, donde se juega el sentido y la función de la filosofía. La posibilidad de su legitimación como forma del saber, se vincula precisamente con el ejercicio de la sospecha, vale decir de

una actitud vital preteórica que, sin embargo, impulsa la crítica teórica, verdadero núcleo epistemológico del filosofar.

Un pensamiento que desconoce el entramado social de la teoría, o que oculta, incluso, su carácter de mediación discursiva, pretendiendo ubicarse por encima del mundo -en un ámbito ontológico donde las ideas se regulan según leyes de coherencia interna y revelan su sentido pristino a un sujeto consciente, incondicionado y libre- no es más que pensamiento alienado y alienante, refugio impotente en la ilusión del «hombre interno», renuncia y colaboración con la injusticia y la arbitrariedad.

Sólo un pensar que asume su radical ambigüedad, su modo efectivo de inserción en el mundo, su inevitable carga axiológica, su dimensión política y su proyección histórica, puede definirse como «*exétasis*», como examen, y convertirse así en una «mirada iluminadora de sus propios condicionamientos».

Esta preocupación por la fundamentación epistemológica de la filosofía sesga la totalidad de los artículos que componen esta parte del libro de Roig. Es a partir del señalamiento de la raigambre social del discurso filosófico que el autor se pregunta por el estatuto disciplinar de la Filosofía y la Historia de las ideas latinoamericanas. Ambas son caracterizadas como formas de un saber prospectivo, en el cual se produce la emergencia y constitución de un sujeto que, desde la recuperación de un pasado transido de rupturas y recomienzos, se proyecta hacia el futuro con una pretensión performativa. Tal concepción de las disciplinas inscriptas en la tradición del pensamiento latinoamericano, sitúa a Roig en la necesidad de responder a los ideólogos de las sociedades capitalistas pos-industriales que anuncian el fin del sujeto, la sospecha, la historia y las utopías. La afirmación de la inconmensurabilidad de los juegos del lenguaje, la sospecha dirigida a la sospecha en tanto «regresión al infinito», el recurso a un «pensamiento débil» que se asume como «matinal» sólo en la medida en que renuncia al juicio de futuro y a cualquier enunciado respecto del mañana, son criticados y mostrados en la desnudez de sus supuestos ideológicos: es la escisión entre discurso y contextualidad la que conduce al desconocimiento de que, más allá del desarrollo puramente retórico de los juegos de lenguaje, existe una instancia que los excede y desborda. Es la praxis, que, con su potencialidad de negación y disrupción y motorizada por una dialéctica real, acota los procesos históricos y desanuda los universales ideológicos construidos en el nivel puramente discursivo, despejando horizontes nuevos para el pensamiento y la acción humanas.

La preeminencia otorgada por Roig a la praxis como condición de transformación histórica y la acentuación de la categoría de «negatividad»,

operan una inversión de Hegel y contienen el programa de una filosofía latinoamericana como pensamiento «auroral», abierto al futuro con una explícita vocación utópica, y en clara oposición con la función vespertina, que le fuera acordada por el filósofo alemán, de justificación de lo sido.

Ahora bien, la fecundidad de esta exigencia de «inversión de Hegel» trasciende, en el pensamiento de Roig, el marco programático de un quehacer teórico futuro, pues el autor encuentra, en el pasado latinoamericano y en la reconstrucción intelectual de nuestra memoria, la presencia de momentos episódicos, de «recomienzos» organizados a partir de la denuncia del quiebre de la continuidad en el proceso de constitución de nuestra subjetividad. Pues, desde la conquista y hasta el presente, hemos sufrido en nuestra América repetidos quiebres en nuestra identidad, tanto en lo que respecta a nuestra relación con los sucesivos imperialismos como en lo que hace a las reiteradas derrotas de los procesos históricos de cambio impulsados al interior de nuestras sociedades. Dentro de ese panorama de violencia sorda y prolongada -que en su conjunto remite a la figura de la destrucción originaria que Las Casas denominó «Destrucción de las indias»- el hombre latinoamericano ha puesto en juego un permanente, aunque interrumpido, esfuerzo de apropiación creadora y superadora, en cuyo desarrollo se opera la inversión teórica y práctica del discurso colonialista europeo, uno de cuyos exponentes indudables ha sido Hegel.

Tal ocurre con dos de las más sobresalientes figuras hegelianas: la del «amo y el esclavo» y la «del varón y la mujer», relativas respectivamente a la constitución de la conciencia en el enfrentamiento con el otro, y a la construcción de la eticidad en su enfrentamiento con la moralidad.

Mientras que en Hegel la figura de la dominación del hombre por el hombre se resuelve en el reconocimiento de la libertad del esclavo como actitud interior, de la simbólica latinoamericana emerge Calibán, el esclavo que recibe y resemantiza un legado cultural hasta convertirlo en instrumento de liberación y autoafirmación. El símbolo de Calibán remite a los sucesivos movimientos de rebelión anticolonialista y encuentra una expresión paradigmática en la gesta y el pensamiento independentistas del continente y del Caribe.

Otro tanto sucede con la figura del «varón y la mujer», recuperación hegeliana del mito de Antígona, en la que se reiteran los milenarios prejuicios que colocan a la mujer (y por tanto a América, en la medida en que se la ha asimilado a la vegetalidad y pasividad femeninas) en un lugar de subordinación por naturaleza. Dentro del espíritu patriarcal del discurso hegeliano, lo

femenino (Antígona) representa la subjetividad de las leyes de la tierra, la moral subjetiva que se enfrenta al principio masculino, dado por la objetividad y universalidad de las leyes que instituyen el Estado y la eticidad. Se trata de un enfrentamiento cuya única salida es la subordinación o la muerte. Pues bien, también en nuestra América esta figura ha resultado trastocada e invertida en el discurso y en la práctica de las Madres de Plaza de Mayo. Como Antígona, las madres fueron llamadas «locas», pero a diferencia de ella, su intento de restablecer una nueva eticidad, desde una subjetividad herida y violentada, irrumpió con la fuerza capaz de desbaratar y trastocar un orden objetivo «impuesto por una cultura de muerte, con pretensiones de universalidad y verdad».

III. Cabe indicar sumariamente la riqueza de los *Diálogos* con Raúl Fornet-Betancourt y Ramón Plaza, donde a través de un lenguaje coloquial, el lector puede no sólo aproximarse a la trayectoria vital e intelectual de Roig, sino acercarse también a otras obras, otros temas, otras preocupaciones, marcados como sugerentes indicios en sus conversaciones con tan agudos interlocutores.

Aun cuando los textos recogidos por el libro -una serie de artículos, conferencias y entrevistas- permitan la posibilidad de lecturas independientes, la obra está atravesada por la profunda vocación sistemática que anida en la producción de Roig. El autor ofrece, efectivamente, un rostro, el rostro doliente de nuestra América, en un discurso que supone la asunción de la tarea de la filosofía tal como él la entiende. Filosofía que es teoría crítica de las ideologías y tarea paciente de historiador de las ideas, que labora en la determinación de las condiciones históricas de emergencia de aquellos discursos, en cuya trama se han sintetizado las formas de descripción y los proyectos que los pensadores políticos americanos han formulado en relación con los avatares históricos efectivos de nuestra patria grande. La lectura de Roig es, entonces, lectura de lecturas, proyecto de recuperación de nuestra memoria, filosofía articulada a la historia, pero no filosofía de la historia.

*Estela M. Fernández y Alejandra Ciriza*